

su rebelión pasada, y devolverles todos sus honores y propiedades.

Firmáronse estas criminales estipulaciones á 1.º de Marzo de 1566, y fijóse la ejecución del crimen para el sábado, día 9 de aquel mismo mes y año.



## VII

**Y** LEGÓ, por fin, aquel sábado 9 de Marzo, que había de constituir en la historia de Escocia, una de sus más horrendas fechas.

Corría á la sazón la Semana Santa y el ayuno general de los presbiterianos, y esto atraía á Edimburgo muchos de aquellos herejes. Knox y Craig tomaron á su cargo preparar los ánimos para el crimen que se proyectaba, y predicaron en aquellos días sermones muy violentos. La muerte de Oreb y Jeb, la matanza de los Benjamitas, el suplicio de Amán, y cuantas historias sangrientas refieren las Escrituras de castigos dados por Dios á los perseguidores del pueblo escogido, fueron expuestas á aquellos espíritus fanáticos y levantiscos, como

ejemplo de lo que debía hacerse en Escocia con el enemigo del pueblo de Israel. Este pueblo de Israel era la Iglesia presbiteriana, y este enemigo era el infeliz Riccio, ignorante por completo del peligro que corría, y próximo á caer inerme y sin defensa en manos de sus enemigos.

Al anoecer del sábado comenzaron á moverse los asesinos. Morton, Ruthwen y Lindsay se dirigieron al palacio de Holyrood con doscientos hombres armados. Entraban muy en silencio, de dos en dos y por diversas puertas: una vez dentro, afluían todos á las habitaciones de Darnley, que estaban situadas debajo de las de la Reina: una escalera excusada, que aun en el día de hoy se enseña, ponía en comunicación ambos departamentos.

Darnley había cenado más temprano que de costumbre y esperaba á los conjurados, les recibía y acomodaba. La Reina, que estaba embarazada de seis meses, del que fué luego Jacobo VI de Escocia y I de Inglaterra, sentíase indispuesta: no había salido de sus habitaciones, y mandó que sirvieran la cena en un reducido gabinete que precedía á su alcoba. Tenía ésta por el lado opuesto otra puerta á un salón que llamaban de descanso, y allí venía á parar la escalerilla que con las habitaciones de Darnley comunicaba.

Acompañaban en la mesa á María, su hermana natural la Condesa de Argyle<sup>6</sup> y Riccio; y se hallaban también presentes el Comendador de Holyrood<sup>7</sup>, el Laird de Creich y el capitán de guardias Arturo Erskine.

La Reina daba la espalda á la alcoba: á su lado se hallaba Lady Argyle, y en frente Riccio. Tenía éste puesta una ropilla de terciopelo rojizo, un sayo de damasco forrado de pieles, y un rico collar al cuello con un joyel de gran precio, que para ignominia de aquellos próceres, desapareció en la refriega.

Á las ocho entró Darnley por la puerta de la alcoba, y vino á apoyarse en el sillón de la Reina. Sintióle ésta llegar, y volvió con rapidez la cabeza. Inclínose él entonces y la dió en mitad de la frente un verdadero beso de Judas.

Casi en el mismo instante entró Lord Ruthwen, armado de punta en blanco, pálido, desencajado y horrible de ver, por la zozobra que antecede al crimen y por la mala enfermedad que le atormentaba y le roía. En pos de él llegaron Jorge Douglás, Andrés Kar y Patricio Bellenden, armados de pistolas y espadas cortas escocesas.

Sobresaltó á la Reina aquella extraña invasión, y sospechando algún atropello, encaróse con Lord Ruthwen y díjole muy alterada:

—¿Qué es esto, Milord?... ¿Quién os ha dado

licencia para entrar aquí á esta hora y de este modo?...

Mas Lord Ruthwen, con insolente calma, contestó señalando á Riccio:

—Tenga á bien V. M. hacer salir á ese David, que demasiado tiempo ha estado ya en esta cámara.

Riccio, muy pálido, pero sereno todavía, hizo ademán de levantarse; mas la Reina le detuvo diciendo á Ruthwen con gran imperio:

—¿Pues qué culpa ha cometido?...

—La más detestable—contestó el Lord— que puede cometerse contra el honor de V. M., y del Rey su esposo, y de la nobleza y de todo el pueblo.

No quiso escuchar más la Reina, y mandó salir á Lord Ruthwen, bajo pena de traición, diciendo que si David hubiera delinquido, tribunales había en Escocia para juzgarle.

Mas Lord Ruthwen, como si no se dirigieran á él aquellas palabras, extendió la mano para coger á Riccio por el cuello. Hurtó éste el cuerpo aterrado, y se precipitó hacia la Reina gritando:

—*Madama, io son morto!... ¡Giustizia!... ¡Giustizia!...*

Derribó Riccio la mesa del lado de la Reina al levantarse, y hubo allí entonces un momento

de confusión horrible. Agarrábase el infeliz sin tino al vestido de Maria, gritando siempre: *¡Giustizia!... ¡Giustizia!...* Daba ella también voces procurando cubrirle con su cuerpo, y los asesinos dirigían sus espadas y pistolas, ora á Riccio, ora á la Reina misma. Abrazóla entonces estrechamente por detrás Darnley á fin de impedirle el juego de los brazos, y desasíó él mismo, con gran violencia, de las manos crispadas del secretario, las faldas de la Reina.

Sin amparo ya el desdichado, arrastrónle por el cuello de la ropilla fuera del gabinete, y atravesando la alcoba, le llevaron á la sala de descanso.

Allí esperaban Morton, Lindsay y los demás conjurados, que le querían guardar toda la noche en Holyrood para ahorcarle á la mañana siguiente. Mas Jorge Douglás, abalanzándose á él con el propio puñal de Darnley en la mano, se lo hundió en el pecho y se lo revolvió, y dejó dentro gritando:

—¡Ahí va la puñalada del Rey!...

Todos se precipitaron entonces sobre él, y le dieron cincuenta y seis puñaladas. Espirante aún, le arrastraron por la escalerilla de las habitaciones de Darnley, y por una de las ventanas le arrojaron al gran patio cuadrado.



VIII

**N**o logró el ánimo varonil de María arrancar á Riccio de manos de sus asesinos; pero su habilidad y su energía supieron desbaratar lo que les restaba por hacer de su plan combinado. Toda aquella horrible noche del sábado, tuviéronla encerrada en su cámara, sin permitirle siquiera ser asistida de sus damas.

Morton y Lindsay guardaban el palacio, y solo Darnley entraba á visitar y animar á la Reina. Mas tales trazas se dió ésta, y de tal manera supo disimular su indignación justísima, que le bastaron dos días, el domingo y el lunes, para volver por completo á Darnley, aterrado ya de su crimen, atraérsele de nuevo, y determinarle á huir con ella á Dunbar. Así lo hicieron

en efecto, en la madrugada del lunes, saliendo de Holyrood con el mayor sigilo, á caballo, y sin más escolta que el capitán de guardias de la Reina, Arturo Erskine.

El pánico de los conjurados y su indignación contra Darnley no reconocieron límites. Huyeron todos á la desbandada, temiendo las justas iras de la Reina, y la mayor parte, Morton, Ruthwen y Lindsay entre ellos, no pararon hasta salvar la frontera de Inglaterra.

Creía entonces la Reina que la juventud inexperta de Darnley y los malos consejos de Jorge Douglás, eran los que le habían precipitado en su criminal y temeraria empresa. Pronto pudo, sin embargo, caer en la verdadera cuenta; porque indignados los fugitivos con la nueva traición de Darnley, tomaron venganza enviando á la Reina los dos documentos firmados el 1.º de Marzo, que astutamente guardó en su poder el Conde de Morton.

Entonces pudo comprender María toda la indignidad de Darnley y la infamia de su conducta, y el abismo que esta horrible revelación abrió entre ambos esposos, hízose ya infranqueable. Con harta razón no fué ya Darnley para ella sino un ingrato ambicioso, un infame asesino y un traidor á su religión, á su reina y á su esposa: hízosele odiosa su presencia y su

dolor fué tan hondo y tan acerbo, que entonces se inició en ella la dolorosa enfermedad del hígado que le duró hasta la muerte. Á poco escribía el Embajador de Francia Du Croc al Arzobispo de Glasgow: «La Reina no está buena. Yo creo que su enfermedad consiste en un pesar profundo, que es imposible hacerla olvidar. No hace sino repetir estas palabras: ¡Quisiera estar muerta!»

Acercábase en esto la época del alumbramiento de la Reina, y quiso ella retirarse al castillo de Edimburgo, por parecerle este lugar más seguro y saneado. Siguióla allí Darnley, en torno del cual se había hecho el vacío que acompaña siempre en los palacios á la desgracia, y siguióla también el Conde de Bothwell, Jaime Hepburn, el hombre más peligroso de Escocia, según Trockmorton, que acechaba en silencio el momento oportuno de desplegar las inmensas alas de su ambición y su osadía, plegadas hasta entonces.

Y entonces fué también cuando allí mismo y ante los propios ojos de la Reina, se entabló entre aquellos dos hombres una desigual y solapada lucha, cuyo último objeto era apoderarse, no ya del corazón, sino del poder y la corona de María.

Darnley no había cumplido aún veintiún años,

y era, por lo tanto, un niño; un niño infame ciertamente, pero al fin y al cabo, niño. Bothwell, por el contrario, iba á cumplir treinta y seis; la edad de las ambiciones frías y calculadas y egoístas, sin mezcla alguna de pasión generosa que las ennoblezca. Y entre este niño infame y este hombre perverso, hallábase María, Reina de veintitrés años; acosada por los herejes, combatida por los rebeldes, vendida y ultrajada por Darnley como reina y como esposa, y servida por Bothwell con una lealtad y una galantería que la halagaban como mujer y la satisfacían como reina, y no había encontrado hasta entonces entre los falaces y groseros Lores escoceses.

No es extraño, por lo tanto, que á medida que bajaba Darnley en su estimación y en su confianza, se elevase Bothwell en una y otra, y fuese poco á poco apoderándose del ánimo y de la voluntad de la Reina.

Darnley había tomado desde luego la actitud del niño mimado que se enfada cuando le regañan los maestros. Al justo alejamiento de María, contestó con durezas y hasta groseros insultos: dióse á la caza con exceso, á los vicios con descaro y á la bebida con cínica desvergüenza, y amenazó, por último, con fletar un barco y marcharse de Escocia.

Mas antes, cediendo á la falsía de su carácter

y á la necia y desapoderada ambición que le dominaba, escribió al Papa y á los Reyes de España y Francia, protestando traidoramente de su amor á la fe católica, que había vendido á los herejes dos meses antes, y acusando á María de negligencia y descuido en restablecer el catolicismo en Escocia, como con ellos tenía pactado.

No causaron, sin embargo, efecto alguno en aquellas cortes, y mucho menos en la de Roma, las calumniosas quejas de Darnley. La Reina había seguido con el Papa y con Felipe II las negociaciones entabladas en vida de Riccio, y llevado su celo hasta el punto, verdaderamente temerario, de ofrecerse á recibir en Edimburgo un Nuncio del Papa, para que asistiese al solemne bautismo del hijo que esperaba.

Sucedió, por lo tanto, que las cartas de Darnley se tomaron en aquellas cortes en su significación verdadera, y fueron grande parte para que el Papa apresurase la marcha del Cardenal Vicente Laureo, Obispo entonces de Mondovi, que con instrucciones y socorros para la Reina, era el Nuncio que enviaba á Escocia. Con él iban también, por nombramiento del Pontífice, dos jesuitas ingleses: el P. Edmundo Hay y el P. Tomás Derbishir.

Así las cosas, dió á luz la Reina el 19 de Junio

de 1566 un Príncipe, que había de ser más tarde el apóstata Jacobo VI de Escocia y I de Inglaterra. Despachó al punto María á Jacobo Melvil, como Embajador extraordinario, para que anunciase á la Reina de Inglaterra la importante nueva; y entonces ocurrió un hecho que el mismo Melvil consigna en sus memorias, porque pinta por sí solo el carácter de Isabel, mejor que largas descripciones y profundos estudios.

Sucedió, pues, que cuando llegó Jacobo Melvil á Londres, hallábase la Reina en Greenwich, sitio real muy de su predilección, donde ella había nacido, y donde existe al presente el magnífico hospital de inválidos de la Armada. Fué allá á buscarla el Embajador extraordinario, y acompañóle el famoso secretario de Estado Guillermo Cecil<sup>8</sup> que en ausencia de la Reina le había recibido.

Celebrábase aquella noche una gran fiesta en el palacio de Greenwich, con todo el esplendor verdaderamente mágico que desplegaba entonces la corte de Inglaterra; y la Reina, que era muy aficionada al baile y presumía de serlo, tomaba parte en una de aquellas complicadas y difíciles contradanzas, propias de la época, que llamaban *La Gallarda*. Pasaba ya Isabel de los treinta y tres años, y crecía su fealdad á medida que la juventud se alejaba; tenía el pelo

pintado de rojo, los ojos pequeños, los dientes negros, la nariz prominente; sobre el seno desnudo llevaba el collar de la Jarratierra, según su costumbre, y las más ricas pedrerías cuajaban desde su corona de oro hasta sus chapines de raso<sup>9</sup>.

Acechó Cecil una pausa del baile para acercarse á la Reina y darle al oído la noticia que Melvil traía, y la envidia, la ruin envidia que royó siempre aquel duro corazón de solterona, se sobrepuso entonces en ella, por un momento, á todos los disimulos de la mujer y á todas las diplomacias de la reina. Escapósele un grito de rabia y dejóse caer en un sitial sollozando; y como algunas de sus damas se acercasen asustadas preguntando el motivo de aquella congoja, contestóles agriamente con la dureza y despotismo que constituían el fondo de su carácter, y salían á cada paso á la superficie<sup>10</sup>.

—¿Pues no sabéis que la Reina de Escocia ha dado á luz un hijo, y yo no soy sino un árbol estéril?...

Suspendió la fiesta este desagradable incidente, y toda aquella noche la pasó la Reina devorando su despecho. Mas al otra día, repuesta ya de su turbación, y dominado aquel brote de envidia, recibió á Melvil con grandes agasajos, escuchó de su boca la nueva del nacimiento del

Príncipe con las mayores muestras de alegría, y despachó acto continuo á Sir Enrique Kille-grew para que fuese á felicitar en su nombre á la Reina de Escocia. Ofrecióse también á ser la madrina del Príncipe cuando llegase el momento del bautizo, y nombró á la Condesa de Argyle para que la representase en la ceremonia, y al Marqués de Bedford para que fuese á Escocia como Embajador extraordinario y llevase á su ahijado el rico presente de una pila bautismal de oro macizo.

Esta determinación de Isabel detuvo al Nuncio del Papa en París, donde ya se encontraba. No convenía desairar á la Reina de Inglaterra en aquellos momentos en que se pretendía arrancarle el reconocimiento de María y de su hijo como legítimos herederos de aquella corona; ni parecía tampoco prudente irritarla, poniendo delante de su Embajador en Edimburgo, un Nuncio de aquel mismo Papa San Pío V, que preparaba ya su formidable bula excomulgándola.

Celebróse, pues, el bautizo con grande pompa y magnificencia, según el ritual católico, en el castillo de Stirling, y el Arzobispo de San Andrés echó el agua bautismal al futuro Rey de Escocia y de Inglaterra. Darnley, fiel siempre á su papel de niño enfadado, no asistió al bau-

tismo de su hijo, ni salió tampoco de sus habitaciones durante las fiestas que se siguieron.

Bothwell, mientras tanto, íbase formando el partido que había de apoyarle en sus ambiciosos y siniestros fines, y alcanzó de María con motivo de aquellos faustos sucesos, el perdón de los asesinos de Riccio refugiados en Inglaterra, con la sola excepción de Jorge Douglás, que dió la primera puñalada al infeliz secretario, y de Andrés Kar, que tuvo la osadía en aquellos momentos de confusión horrible, de apuntar una de sus pistolas al seno mismo de la Reina.

Esta vuelta á Escocia de los conjurados contra Riccio, aumentó hasta lo sumo los temores y celos de Darnley. Temía la venganza de aquellos antiguos cómplices suyos que también había el traicionado, y temía sobre todo, su alianza con Bothwell, que con harta razón consideraba como el más poderoso y osado de sus enemigos. El rumor de una conspiración contra su vida, que todos ellos urdían, acabó de perturbarle: ganóle el miedo, precipitóle la falta de consejo y huyó á toda prisa á Glasgow, donde se hallaba el Conde de Lennox, su padre. Á poco cayó allí gravemente enfermo: hablóse de envenenamiento, como en semejantes casos acontece, y resultó probado que consistía la enfermedad en unas viruelas malignas.



Esta fuga de Darnley, que colocaba á María en evidencia así en su reino como ante las cortes extranjeras, acabó de colmar su resentimiento, y el triunfo de Bothwell pareció completo. Mas una tarde, un italiano que llamaban *el signor Francis*, Intendente de la Reina y grande amigo del difunto Riccio, pidióle con grandes instancias una audiencia para dos buhoneros paisanos suyos, que traían galas muy nuevas, y ricas mercaderías francesas.

Accedió gustosa María, por ser muy aficionada á las modas de Francia, y su sorpresa fué grande al reconocer bajo los abigarrados sayos de los buhoneros paisanos del signor Francis, á los dos jesuítas Edmundo Hay y Tomás Derbishir, compañeros del Nuncio que el Papa la enviaba <sup>11</sup>.

Había juzgado prudente el Nuncio de San Pío V detener por entonces su viaje á Escocia; mas como las causas que lo motivaban urgían y los sucesos se precipitaban, determinó enviar por delante aquellos dos hombres de su entera confianza. Traían éstos para la Reina de parte del Papa, un socorro de veinte mil coronas, suma equivalente á los veinte mil escudos que ya le había enviado Felipe II por mano de Francisco Yaxlee, como en la nota número 5 del presente libro queda consignado; y traían también todas las instrucciones necesarias para pro-

seguir con la poderosa ayuda del Papa y del Rey Católico los trabajos que, para la restauración del catolicismo en Escocia, había interrumpido la muerte de Riccio.

El Papa iba, sin embargo, mucho más lejos, y si la Reina de Inglaterra persistía en su sistema de persecución á los católicos, era su intento publicar una bula excomulgándola, y librando del juramento de fidelidad y obediencia á todos sus súbditos y vasallos; con lo cual, siendo María Estuardo la heredera legítima de la corona de Inglaterra, todos los católicos ingleses se alzarían por ella, y la colocarían en el trono con el auxilio del Papa y de las potencias católicas que habían entrado en la liga de Bayona <sup>12</sup>.

Mas para todo esto parecíale necesario á San Pío V, y así se lo suplicaba á la Reina María, que cesase todo germen de discordia entre ella y su esposo, y no dieran á la cristiandad, que hacía de su causa de ellos la suya propia, el lastimoso espectáculo de un matrimonio católico dividido y enconado.

Abrió á estas razones María Estuardo su corazón y su conciencia al P. Edmundo Hay, y le hizo patente todo cuanto entre ella y Darnley había mediado. Los agravios eran grandes, los rencores profundos, el alejamiento mutuo, y por parte de María, justo y fundado en conciencia.

Mas Edmundo Hay, en su doble carácter de sacerdote y de diplomático, supo mitigar las ofensas, suavizar los enconos, hacer posible la aproximación después del alejamiento y poniendo de relieve ante los ojos de María la grandeza y santidad de la obra proyectada, pidióle en nombre del Papa y del Rey Católico y de la cristiandad entera, que perdonase á Darnley y sacrificase sus sentimientos y afectaciones personales, á la causa de la religión y al triunfo de la Iglesia católica.

Cedió María, porque era su natural generoso é inclinado á grandes cosas, y así lo prometió á Edmundo Hay y así lo cumplió en efecto, disponiendo su viaje á Glasgow para intentar la reconciliación con Darnley, que allí se hallaba todavía enfermo.

Esta repentina mudanza de la Reina, cuyos altos motivos traslucieron muy pocos, llenó de estupefacción á Bothwell y á sus secuaces, y entonces fué sin duda alguna cuando en aquel infame conciliábulo de rebeldes despechados, ambiciosos traidores, y herejes apóstatas enriquecidos con los despojos de la Iglesia Romana, se fraguó contra el infeliz Darnley, el más negro y misterioso complot que registran las historias de la época.



## IX

**N**ADA hay que despierte tanto la sospecha en un ánimo mezquino, como la generosidad de una conducta cuya grandeza no alcanza ni comprende; y esto sucedió á Darnley en Glasgow, con la visita de María Estuardo.

Su desconfianza era, por otra parte, natural y fundada. La mudanza de la Reina había sido demasiado repentina para parecer natural, y las causas que la motivaban eran harto delicadas en su parte de conciencia, y harto graves en su importancia política, para que osase María confiarlas á persona tan insustancial y ligera como Darnley.

El talento y la buena voluntad de María triunfaron, sin embargo, de sus desconfianzas, y poco